

noso futuro de su estirpe, es elocuente testimonio el escudo de armas adoptado, a instancias suyas, por la Universidad mexicana. Representa éste el mapa de la América luso-española, desde la frontera septentrional de México hasta los confines sudeños de la Argentina, orlado con el lema: «Por mi raza hablará el espíritu».

Y he aquí, señor Director, el motivo de mi presente carta. ¿Está, en efecto, justificado, frente a los acontecimientos contemporáneos, este acendrado optimismo americano acerca de los destinos de la raza? Porque es el caso que todas las voces que de América nos llegan entonan el mismo viril canto de vida y esperanza. Y tanto más rotundo cuanto más cercanos se hallan los pueblos donde surgieron a las fuentes del gran peligro. El hispano que gallardamente se atreve a predecir que por la raza hablará el espíritu es—¡oh manes de Balboa y de Orellana!—precisamente un mexicano.

Por mi parte—considerando el asombroso progreso que algunas de esas jóvenes Repúblicas ya han realizado desde su emancipación, y la pujanza con que las vemos traspasar los umbrales del segundo siglo de su existencia—, yo, por mi parte, creo que sí, que su optimismo está plenamente justificado. Pero con tal que se cumpla una condición: la condición que simboliza el escudo de Vasconcelos: que la raza actúe compacta—desde Río Grande al cabo de Hornos y—por solidaridad fraterna—desde la boca del Tajo a la bahía de Rosas. Es la misma condición que, sólo hace unos días, preconizaba este diario como único remedio a la mísera impotencia en que hoy yace la raza ante designios cual el atribuido a los Estados Unidos respecto a la isla de Pinos. «Si hubiéramos encontrado—escribía entonces melancólicamente EL SOL—la manera de convivir todos a gusto dentro de alguna forma de solidaridad política, es posible que no nos halláramos tan a la merced del ambicioso que eche los ojos sobre alguna de nuestras pertenencias. Pero nos dispersamos. Estamos dispersos. Y así como la unión hace la fuerza, la dispersión es causa de impotencia».

Exacto. Pero no es legítimo desesperanzar. Señalado el mal, cabe el remedio. Lo que aún no se ha hecho puede hacerse. Hay que buscar la forma de solidaridad étnica que nos ponga a salvo de políticas de presa. Precisa despertar de la modorra que nos aniquila dejándonos indefensos. Y ya se pueden descubrir bastantes pruebas de que el despertar se inicia. El sentimiento de la imperativa necesidad de la unión está ya en muchos corazones de aquel y este extremo del Atlántico. Casi al mismo tiempo que en EL SOL,

lanzaba el señor Sanín Cano su plausible idea de la celebración de un Congreso para definir la actitud de la raza ante el peligro de una nueva conflagración europea—es decir, para que «por nuestra raza hable al mundo el espíritu»—, la revista REPERTORIO AMERICANO que en Costa Rica dirige el señor García Monge, enviaba a los hombres más preclaros de la América latina el siguiente interrogatorio:

«¿Cree usted que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?»

«¿Cree usted, asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las Constituciones de nuestras Repúblicas?»

«¿Estima usted conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?»

«¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?»

«¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja usted a la intelectualidad de América?»

«¿Estima usted prudente que nuestra América latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual, ante el caso de los Estados Unidos del Norte?»

Y, precisamente en estos días ha llegado a mis manos el primer número de un bien presentado boletín mensual,

que, con el título de «Renovación», ha comenzado a publicar en Buenos Aires un grupo de estudiantes universitarios argentinos. En el programa de esta nueva revista, «anhelosa de anteponer la preparación del porvenir al aprovechamiento del pasado», dicen sus editores:

«Amantes de nuestra nacionalidad, la deseamos, como argentinos, tan grande por sus valores morales que nos sintamos dichosos de pertenecer a ella. Pero al mismo tiempo, como latino-americanos, miramos con fraternal cariño a todas las nacionalidades de la América latina con la esperanza de que un acercamiento progresivo nos aproxime al ideal de unión, solidaridad y federación continental que fué el sueño de nuestros mayores, asociando en una grandiosa nacionalidad común a todos los pueblos que tienen análogos orígenes, desenvolvimiento y porvenir.»

Muchas más pruebas se podrían aportar para sostener el aserto de que el despertar se inicia. Pero ya hace rato que esta carta rebasó los límites prudentes, si ha de aspirar a que tenga usted la amabilidad de publicarla. Baste, pues, con las copias, que son las más recientes.

Créame, señor director, su agradecido y asiduo lector, que l. b. l. m.,

UN ESPAÑOL.

(El Sol, Madrid).

## Guachita

EL dueño del boliche, al abrir una mañana el negocio, oyó un llanto infantil. Buscando de donde podría proceder, encontró arrimado a la pared un canasto, dentro del cual, entre algunas ropitas pobres, había una nena de pocos días. Cargado de hijos como estaba, el bolichero no quiso aceptar el regalo: se echó el canasto bajo el brazo y lo llevó a la comisaría.

No sabía el comisario qué diablos hacer con la niña abandonada. La ofreció a varios vecinos de los más pudientes para que la criasen; pero ninguno de ellos quiso hacerse cargo de la criatura.

Aquella misma mañana tuvo necesidad de ir a la comisaría don Rosario Ponce, el guardabarrera, a prestar declaración acerca de unos animales que

la noche anterior, habiendo roto el alambrado y pasado a la vía, fueron arrollados por un tren. Cuando estaba declarando el guardabarrera, le dijo el comisario, por broma, si no quería prohijar a la niña que había encontrado el bolichero. Sin meditarlo mucho, Rosario Ponce contestó que sí.

El comisario se sorprendió en un principio. Luego, elogió casi conmovido al guardabarrera, porque, siendo como era un pobre, hacía lo que no habían querido hacer los más ricos.

Bueno: hay que decir, en honor a la verdad, que la decisión de Rosario Ponce no obedecía precisamente a un arranque de altruismo. El guardabarrera, que había enviudado hacía mucho tiempo; que ya se encontraba viejo y achacoso; que vivía solo como un hongo, pensó que aquella criatura, a la vuelta de algunos años, sería para él un buen auxiliar.

Así fué como don Rosario Ponce, el guardabarrera, que llegó a viejo sin que Dios le diese descendencia, entró una vez en su casa con una hija que no se la dió precisamente Dios; sino

### Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443